

REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
|-------------------|--------------------|
| AURELIA..... | SRA. NESTOSA. |
| ESCOLÁSTICA..... | ALVERÁ. |
| CARLOS..... | Sr. GARCÍA ORTEGA. |
| TADEO..... | JUÁREZ. |
| DON MARCOS..... | ALONSO. |
| DON FROILÁN... .. | BUXENS. |
| EL TÍO PINTO..... | NORRO. |
| UN LUGAREÑO..... | AGUADO. |
| OTRO..... | BANS. |

La escena en un pueblecillo inmediato á Madrid

ACTO UNICO

El teatro representa un salón de planta baja en un hotelito de alquiler. La habitación estará decorada con modestia, pero con las comodidades propias á personas que disfrutan una posición desahogada. En el fondo una puerta grande de dos hojas, por cuyo hueco se ve otra de cristal esmerilados, entreanzados por varillas de hierro. Esta puerta supone ser la de entrada y comunicar con el jardín. A la derecha é izquierda, en segundo término, dos ventanas practicales. En primer término, á la derecha, una puerta que comunica con el dormitorio de Aurelia y Tadeo. A la izquierda, en primer término también, otra puerta que da acceso á las habitaciones interiores de la casa. Al levantarse el telón aparece en escena Aurelia, que representará tener de veinticuatro á veinticinco años, y vestirá un traje de casa, elegante y sencillo. Estará sentada en un sillón, haciendo como que arregla los botones de un gabán de hombre. Los muebles aparecerán colocados con el desorden propio á una mudanza sin terminar. Encima de una silla habrá una americana de hombre.

ESCENA PRIMERA

AURELIA, TADEO. Al final ESCOLÁSTICA

- TADEO (Dentro. Gritando.) ¡Traen el agua caliente ó no?
- AUR. Ahora mismo. (Se levanta del sillón y se dirige á la puerta de la izquierda. Gritando.) ¡Escolástica!
- ESC. (Dentro.) ¡Va! (Gritando también. Aurelia vuelve á

- sentarse á tiempo que aparece en la puerta de la derecha Tadeo. Tadeo representará cincuenta años y llevará una bata de colorines.)
- TADEO (A Aurelia.) ¡Muy bien!... Yo desesperado, aguardando el agua caliente para afeitarme; Escolástica sin traerla, y tú, sentadita, sin ocuparte en las cosas de tu marido.
- AUR. Me parece que este gabán es tuyo y que no he arrancado yo los dos botones que le faltan. A Escolástica la acabo de llamar.
- TADEO ¡Ha podido venir cien veces!
- AUR. La pobre está sola.
- TADEO ¿Á que resulta que ese esperpento tiene razón para hacer las cosas tarde y mal? ¿A que yo la calumnio? ¿Quieres que le pida perdón de rodillas?
- AUR. (Levantándose y dejando el gabán sobre la butaca.) Quiero que tengas un poco de paciencia.
- TADEO ¿Más?
- AUR. Considera que hace tres días que nos trasladamos de Madrid á este hotel; considera que todo se halla á medio arreglar, que Escolástica no tiene quien la ayude. Su cargo no es el que desempeña. Nos hacía falta una criada.
- TADEO Búscala en el pueblo.
- AUR. ¡Si no hubieses despedido á la otra!
- TADEO (Con indignación.) ¡A la otra!... A Pepita ¿eh?... ¡Buena alhaja estaba Pepita!... Una desvergonzada, una danzante, capaz de vender á Dios por tres pesetas.
- AUR. ¡Tadeo!...
- TADEO ¿Te parece poco tres pesetas?... Ponle cinco. No paso de ahí. Por un duro hace esa moza todo lo que le pidan. ¡Si conoceré yo el percall!
- AUR. Pero...
- TADEO (Interrumpiendo.) ¡Valiente criadita!... Siempre compuesta, emperifollada, con la cara llena de polvos y sonriendo á cuantos jóvenes entraban en casa, como si les dijese: «Ya saben ustedes que la señora tiene veinticuatro años, y que yo estoy aquí para lo que ustedes gusten mandar.

- AUR. (En tono ofendido.) ¡Tadeo!
- TADEO Mira como no explicó satisfactoriamente quién era el sietemesino con quien la encontré hablando en la calle de Relatores.
- AUR. Sería un pretendiente tuyo.
- TADEO O tuyo.
- AUR. ¿Mío?
- TADEO ¡O del demonio! Lo cierto es que no me encontraba á gusto en Madrid. Estaba harto de visitas, de reuniones, de teatros, de esas paparruchas, que lo menos que pueden costarle á uno, es dinero. De ahí que me haya trasladado á este pueblecillo. Aquí no tendremos visitas enfadosas, ni reuniones, ni doncellas corre ve y dile, ni sietemesinos que rondan á las mujeres casadas, mientras los maridos de las mujeres casadas ganan honradamente su pan... y el de sus mujeres... y el de las criadas de sus mujeres.
- AUR. ¡Eres insoportable!
- TADEO ¡Aurelia!
- AUR. ¿Imaginas que resulta grato para una mujer joven y honrada, soportar recriminaciones injustas y emparedarse en un poblachón?
- TADEO No digas... ó mejor, dí lo que se te ocurra; yo haré siempre lo que me convenga, y al que le pese que se aguante. ¿Estás conforme?
- AUR. (Con ironía dolorosa.) ¡Me conformé á tantas cosas al casarme contigo!
- TADEO (Con mal humor.) ¡Lengamos la fiesta en paz! Sí, tengámosla. Después de todo, ¿significa algo que tú me ultrajes sin motivo, que te pases el día en Madrid y que yo me vea aquí sola, abandonada, sin tener con qué entretenerme?
- TADEO (Sorprendido.) ¿Que no tienes con qué entretenerme?... ¡Será injusta! ¿Y las doce gallinas? ¿y el gallo? ¿y la cabra? ¿y el cerdo? ¿y yo? ¿Te parece poco?
- AUR. (Con sarcasmo.) No, hijo, demasiado. Estoy por decirte que todos esos animales me sobran.
- TADEO No exageres, mujer. Si voy á Madrid es por

mis negocios. No comprendes lo que son negocios.

AUR. Tampoco tú comprendes lo que es aburrirse en un pueblo. ¡Y sola! ¡Si al menos hubieses dejado á mi madre vivir conmigo!

TADEO ¿Tu madre?... ¡Cál! De ninguna manera. Tu madre tiene un genio imposible. Cuando las personas llegan á cierta edad se hacen insoportables.

AUR. Mi madre te lleva dos años. (Entra Escolástica por la puerta de la izquierda con una cafetera en la mano.)

ESC. El agua.

TADEO ¡Gracias á Dios! (Se dirige hacia ella.) ¡Trae! (Coge la cafetera con fuerza y le derrama un poco de agua sobre la mano. Haciendo un gesto de dolor.) ¡Condenada agual... ¡Cómo está!

ESC. (Con sorna.) A gusto del señor, hirviendo. (Tadeo sale precipitadamente por la puerta de la derecha.)

ESCENA II

AURELIA y ESCOLÁSTICA

AUR. ¡La Virgen Santísima me dé calma!

ESC. Falta te hace; porque tu marido es como las parrillas de San Lorenzo, un achicharra sangres.

AUR. ¡Ay!

ESC. (Acercándose á ella.) ¡Pobrecilla!... ¡Quién iba á decirme que tú, la que yo crié con estos pechos, es decir, con estos no, con los de entonces, había de caer entre las manos de semejante tío!

AUR. No hables así de tu amo.

ESC. ¡Mi amo!... ¡Mi amo! ¿Y qué? Si él es mi amo yo he sido tu ama; en paz. Sólo que esta ama te puso gorda y este amo te va á dejar tísica á disgustos.

AUR. Escolástica...

ESC. ¡Cuidado con el hombre! ¿Qué más desea ese vejestorio? Con un canto en los pechos

debía darse por tener la mujer que tiene. ¡Si parece mentira! ¡Yo que soñaba con un querubín para casarlo con mi Aurelia!... ¡Sí, sí! Mal día de querubines debió hacer allá arriba cuando cayó este. ¡Valiente querubín! Por diez céntimos los venden mejores en el Rastro.

AUR. (Con tristeza.) Soñar es una cosa y otra andar por el mundo. Todas las mujeres soñamos con un querubín que nos lleve á la Vicaría. Menos mal, si las que nacen pobres, como yo, alcanzan la suerte de despertarse al lado de un Tadeo cualquiera. (Se dirige hacia la ventana de la derecha y se pone á mirar por ella.)

ESC. ¡Pensar que tu madre tuvo la culpa! Ya se lo dije yo. Ella erre que erre y... (Reparando en que Aurelia no le hace caso.) ¿No me oyes? (Acercándose á la ventana.) ¿Qué miras?

AUR. El hotel de enfrente.

ESC. Es precioso. Mejor que el nuestro.

AUR. ¿Conoces á la señora que lo ocupa? No he podido distinguir bien sus facciones pero es rubia, elegante... Envidia le tengo...

ESC. ¿Por qué?

AUR. Porque debe ser muy dichosa.

ESC. ¿Qué sabes tú?

AUR. Verás. El día que llegamos me asomé á esta ventana y mis ojos tropezaron con la inquilina. Estaba en el último balcón, con el cuerpo inclinado hacia la calle, como si se despidiera de alguno. Parecía impaciente, deseosa de que aquel alguno se alejase cuanto antes.

ESC. Sería su marido.

AUR. No lo sé. Permaneció un rato en la misma postura; luego entró en la sala, volvió llevando un pañuelo de color en la mano, lo ató á uno de los hierros, metióse dentro y cerró las vidrieras.

ESC. Sigue.

AUR. La cortina que cae detrás de las vidrieras es muy transparente, mucho, tanto que yo veía la sombra de la mujer rubia ir y venir de un lado para otro con inquietud, con ansia,

como si esperase á alguien que tardaba mucho en llegar.

Esc. Ese alguien no era su marido.
AUR. Al poco tiempo ya no fué una, fueron dos las sombras que traspasó la cortina, una era de hombre. Aquellas dos sombras se inclinaban la una hacia la otra, se unían, se amaban... Se amaban, sí, no tengas duda. El amor es tan indiscreto que ni las sombras pueden ocultarlo. (Pausa breve.) Ayer pasó lo mismo; y hoy. (Mirando por la ventana.) Ya está en el balcón, ya se dispone á atar el pañuelo encarnado. Antes lo sacude. ¿Qué señal será esa?

Esc. En la plaza de toros, banderillas de fuego.
AUR. (Luego de mirar un instante.) Ya entró; ya pasea impaciente. ¡Pronto vendrá él! (Con melancolía.) Me dan mucha envidia esas sombras que se quieren tanto. ¡Querer!... ¡Ser querida y!... (Apasionadamente. Como volviendo á la realidad. A Escolástica.) Entrale á Tadeo su gabán. (Cogiendo el gabán para entregarlo á Escolástica. En este momento sale Tadeo por la puerta de la derecha. Tadeo que lleva un cepillo en la mano se detiene delante del espejo que habrá sobre un entredós, entre la puerta y la ventana de la izquierda. Procúrese que el cepillo sea de cabeza pero de los que tienen forma casi igual á los cepillos de ropa. Sobre el entredós habrá otro cepillo semejante.)

ESCENA III

AURELIA, ESCOLÁSTICA, TADEO

AUR. (A Tadeo.) ¿Concluiste?
TADEO Sí (Atusándose el pelo delante del espejo.) Creí que no terminaba con tiempo de llegar al tren. (Mira el reloj.) Las dos. Me sobran veinticinco minutos y la estación está muy cerca. (Coje la americana que está encima de la silla; se quita la bata, la deja sobre la silla y se pone la americana.)

Esc. El gabán, señor. (Ofreciéndosele.)
TADEO Venga. (Se mete una manga y comienza á hacer esfuerzos para meter la otra sin conseguirlo. A Aurelia.) Ayuda, mujer. ¡Le ves á uno sudando y te quedas tan fresca!

AUR. (Ayudándole.) Creí que podías hacerlo solo.
TADEO ¡Ya se ve que puedo! ¿no lo ves? (Metiéndose el gabán con auxilio de Aurelia.) Aun no estoy en edad de que me ayuden, ¡pero cuando hay prisas!..

Esc. ¡Claro! ¡Como que va á necesitar el señor que le ayuden!... Así que no está ágil. Parece un pollo. Sobre todo cuando se tiñe el pelo. (Con sorna. Tadeo que al oír las frases de elogio que le tributa Escolástica, manifiesta gran satisfacción. hace un gesto de ira al oírle decir que se tiñe.)

TADEO (Con despecho.) Que yo me tiña ó que no me tiña maldito si te importa. ¡Pues hombre!... Por supuesto, la culpa de que seas una deslenguada, no es tuya, es de Aurelia.

AUR. ¿Mía?
TADEO Tuya. Con el achaque de que te ha criado y de que no puedes separarte de ella, hay que pasar por todo.

Esc. Sí; la he criado. Pero no pensaba criarla para usted. Si lo pienso, la dejo morir de hambre.

TADEO Y yo, si no te callas, te echo á la calle á puntapiés. Estás inaguantable desde hace tres días. ¿Es que tampoco te gusta la danza?

Esc. Lo que no me gusta es ver sufrir á la señorita.

TADEO ¡Déjame en paz! (Hace ademán de dirigirse al fondo.) ¿Me falta algo? (Tocándose los bolsillos del gabán y la americana.) El pañuelo. (A Escolástica.) ¡Tráele! encima de la mesa de noche lo puse. ¡Tráete al paso el sombrero. (Entra Escolástica en la habitación de la derecha.)

ESCENA IV

AURELIA y TADEO

- AUR. (A Tadeo.) Vamos, ven aquí y te cepillaré, que buena falta te hace. (Coge del entredós el cepillo que sacó Tadeo en la mano y se dispone á cepillarle. Tadeo vuelve la cabeza y al mirar el cepillo que tiene Aurelia en la mano hace un gesto de espanto.)
- TADEO (Rechazando el cepillo.) ¡Nol.. ¡Con ese nol.. ¡Es el de la cabeza!
- AUR. Perdona. (Deja el cepillo sobre el entredós y coge el otro cepillo.) Aquí está el otro. (Cepillando á Tadeo)
- TADEO ¡Ah! ¡Se me olvidaba! Te advierto que esta noche tengo convidados.
- AUR. (Sorprendida.) ¿Aquí?
- TADEO ¿Donde va á ser?
- AUR. Pero, hombre. ¡Si no hay nada dispuesto! En un pueblo no se improvisa una comida como en Madrid.
- TADEO Sería raro que no pusieses inconveniente á un gusto mío.
- AUR. Es que los hay.
- TADEO Si los hay los suprimes y te las compones como puedas. La invitación está hecha, ¿sabes? Se trata de Froilán. Un amigo de la infancia, á quien tú no conoces; un hombre de mi edad, de mis costumbres, de mi carácter.
- AUR. (Aparte.) ¡Bonita recomendación! (Entra Escolástica por la puerta de la derecha, con el sombrero en una mano y el pañuelo y la cartera en la otra.)
- ESC. El sombrero. (Deja el sombrero encima de una mesa.) El pañuelo. (Entregándosele á Tadeo.) Aquí encima dejo esto. (La cartera sobre la consola junto á la carta.)
- TADEO Tráe. (Coge el pañuelo y se lo mete en el bolsillo del gaban.)

ESCENA V

AURELIA, ESCOLÁSTICA y TADEO

- AUR. De modo, que encontraste á tu amigo.
- TADEO Ayer, al cabo de veinte años. ¡Figúrate! ¡Froilán!.. ¡Tadeo!.. Es decir, no. ¡Tadeo!.. ¡Froilán! Tal fué el orden de las exclamaciones, porque Froilán me reconoció á escape. ¡Cómo que he variado muy poco! Yo tardé más en reconocerle. Está muy viejo el pobre; con todo el pelo blanco. Yo en cambio, ya ves. (Con ademán presuntuoso.)
- ESC. (Con seriedad cómica.) ¡Usted lo tiene más negro cada día!
- TADEO (A Aurelia.) ¡Un siglo sin vernos! ¡Qué abrazo!.. ¡Hacia mucho tiempo que no daba un tan á gusto!
- AUR. (Con ironía.) ¡Gracias!
- TADEO Me refiero á abrazos masculinos. No confundas. Froilán ha hecho un capitalazo. Papel, fincas; en este pueblo ha comprado una. Me dijo que iba á venir hoy á ultimar con el Alcalde no sé qué gestiones; le he dicho: «comerás con nosotros.»
- ESC. ¡Eh! (Sorprendida.)
- AUR. Lo que hará será morir de hambre.
- TADEO No es exigente. ¡Y tiene un hijo!.. Es su chifadura. Muy calavera; se pasa los meses sin ver al autor de sus días, pero es guapo, listo, gracioso...
- AUR. (Sin poderse contener.) ¿Viene con su padre?
- TADEO (Mirando fijamente á su mujer. Con acritud.) No; Froilán viene solo. En el tren de las ocho. A las siete terminará la Junta de accionistas que preside. Yo volveré antes; apenas tengo asuntos que despachar; por eso no he ido á Madrid temprano. (Coge el sombrero.) Conque, á las ocho la comida.
- ESC. ¿Qué comida?
- TADEO La nuestra. La que damos á mi amigo Froilán.

- ESC. Pero, ¿va á comer aquí ese hombre? (Con asombro.)
- AUR. Sí.
- ESC. (A Tadeo.) Usted no anda bien de los cascos. Eso es imposible. No hay nada dispuesto. ¡Imposible!
- AUR. Lo mismo creo.
- TÁDEO. Pues crees una estupidez. He dicho á las ocho, á las ocho.
- AUR. Yo...
- TÁDEO. Basta de réplicas. (Mira el reloj.) Las dos y cuarto. (A Escolástica.) Acuérdate de llevar al alcalde la carta en que me ofrezco como vecino. Encima del entredós la tienes. Hasta luego. (Abre la puerta de cristales y sale por ella.)

ESCENA VI

AURELIA y ESCOLÁSTICA

- ESC. ¡Ojalá descarrile el tren!
- AUR. No seas borrica.
- ESC. Si no llevo mala intención. Conque descarrile el coche donde vaya el amo, me conformo.
- AUR. Déjate de descarrilamientos y á ver cómo salimos del apuro.
- ESC. ¡Fácil es!
- AUR. Sin embargo...
- ESC. Dí sin comestibles. Huevos y jamón y jamón y huevos. Si venden otra cosa en el lugar me la como cruda. De modo que ya sabes: primer plato, tortilla de jamón; segundo plato, jamón y huevos fritos; tercer plato, menestra de jamón; cuarto plato... El cuarto plato me lo tira á la cabeza ese don Froilán.
- AUR. No tanto. Tenemos algunas latas de conservas. Vino hay también.
- ESC. Criatura, ¿y la mesa? ¿Y la vajilla que aun está embalada? ¿Y los manteles? Se te ocurrió meterlos en el baul grande y el baul grande tiene veinticuatro bultos encima. El comedor está lleno de trastos.

- AUR. Pondremos la mesa en el gabinete. Lo que has de hacer es darte prisa y coger la cesta é ir á la compra.
- ESC. Bueno. No te enfades. Ya voy. (Entra por la puerta de la izquierda.)
- AUR. Esto no es vida, es un martirio. ¿Y qué voy á hacerya? Resignarme, sufrir mi suerte. ¡Ay, madre mía, cómo te equivocaste! (Sale Escolástica por la puerta de la izquierda con mantón, pañuelo á la cabeza, y una cesta al brazo.)
- ESC. Lista.
- AUR. Entonces andando. Ahí tienes la carta para el alcalde. Llévasela.
- ESC. ¡Bueno!... Ya se dejó el hombre la cartera olvidada. Y ahora échale un galgo. El tren habrá salido de la estación. La meteré donde estaba, en el bolsillo de la bata. (Lo hace.) Bien, así, cuando vuelva, no tendrá que echar la culpa á nadie. (Entra en la habitación llevando la bata.)
- AUR. ¡Ay!... ¡Qué vida más insoportable y más fastidiosa! (Sale Escolástica.)
- ESC. Ya está.
- AUR. Pues márchate por la compra y tráela á escape.
- ESC. ¡Ya lo creo!... ¡Poco á gusto sirvo yo á tu marido!... Más merece la prenda. (Con tono irónico.) Cuando veas á tu madre dale un millón de gracias por la felicidad que te ha proporcionado.
- AUR. Te las daré á tí, si preparas una buena comida.
- ESC. ¡Buena comida! ¡Demonios rebozaos con guindilla les pondría yo!... (Sale por la puerta del fondo.)

ESCENA VII

AURELIA. Al final, CARLOS

- AUR. (Con sarcasmo.) ¡Felicidad! Para las madres, cuando se trata de sus hijas, ¡qué fácil resulta encontrarla! «Ahí tienes un hombre

viejo, pero rico; insoportable, pero trabajador; sin ninguna delicadeza en el alma, pero con algunas acciones del Banco en la cartera.»—dicen las madres.—Con él disfrutarás comodidades, rentas, buena mesa, buena casa, buenos vestidos... ¿Qué más necesitas para ser feliz? (Con tristeza.) Nada; podía contestarles una, la felicidad. ¡La felicidad! No la que me ha proporcionado mi madre; la otra, la que olvidan las madres cuando se hacen viejas: el amor. (Con sencillez y coquetería.) Y, cuidado, que no soy romántica, ni cursi, ni pertenezco al regimiento de «Contigo pan y cebolla.» Mi felicidad no se cifraba en ningún héroe de novela; pero convengamos en que tampoco podía cifrarse en un Tadeo. (Breve pausa.) Mi felicidad tenía la forma de un hombre, ni feo, ni guapo, pero joven; ¡claro que joven! El amor huye de los cuerpos viejos como los buenos inquilinos de las casas ruinosas. Joven, nada más que joven. Si podía ser guapo, mejor; y si podía tener el bigote y los ojos negros, mejor que mejor. No me hacía falta que fuese rico, aunque sí lo bastante para que nuestro cariño no se muriese de debilidad. De ahí no pasaban mis pretensiones. ¿Era pedir mucho? Creo que no. Si alguien dice que era pedir mucho, (Mirándose al espejo.) ó yo me equivoco, ó el espejo este se equivoca. Sin embargo, tan modestas aspiraciones, quedaron sin realizar; y ahora... (Con angustia.) ¡Ay, Dios mío!... (Con melancólica amargura.) ¡Qué envidia me dan las sombras del hotel de enfrente!... (Se dirige á la ventana de la derecha, la entreabre y se pone á mirar por ella.) Ya están allí. (Señalando por la ventana.) La sombra de la mujer la conozco. Es la de mi vecina. Al hombre no le conozco aún, pero debe ser joven... y guapo. ¡Si no fuese joven... y guapo, le querría ella! Y le quiere; mejor dicho, se quieren mucho, ¡mucho!... (Breve pausa.) Ahora habla ella. Sus brazos se mueven accionando con acción descuidada. (Como sorprendida.) ¡Calla!

¡La sombra de la mujer tiene tres brazos! (Riendo á carcajadas.) ¡No! Aquel brazo no es suyo; es del otro. ¡Cómo iba á salirle á ella un brazo alrededor de la cintura! (Pausa.) Ahora habla él. ¿Qué dirá? Su mano se levanta; cae sobre la cabeza de ella. (Como temerosa.) ¿Irá á pegarle?... ¡Bah!... Su mano cae despacio, muy despacio. No es su caída la caída violenta del golpe, es la caída mimosa de la caricia. Aquello no es un puño cerrado que amenaza, son unos dedos temblorosos que se pierden entre una mata de cabellos rubios. ¡Ay, qué ventura tan inmensa! (Oculta el rostro entre las manos. Al cabo de un instante, alza la cabeza y vuelve á mirar por la ventana.) ¿Qué tiene ella en la mano? Un papel; sin duda una carta. Las cabezas se inclinan para leer á un tiempo; luego se alzan para mirarse á un tiempo también... Debe ser la última que él le ha escrito. ¡Qué hermosas deben resultar semejantes cartas, leídas á medias por quien las escribió y por quien las recibe! (Breve pausa.) Acabó la lectura. El brazo de ella resbala á lo largo de su vestido. Las caras de las dos sombras se adelantan, se acercan, se acercan más... más... (Con enojo infantil.) ¡Menos! digo yo. ¡Señoras sombras, que estoy aquí! (Pausa.) ¡Seré necia! ¿Van á contenerse porque las mire yo?... ¡No se contienen los enamorados de carne y hueso, cómo van á contenerse las sombras! (Permanece algunos instantes sin fijarse en la ventana. Luego vuelve á mirar por ella.) ¡Qué pasa! Parece que están asustados. El acciona nerviosamente. Ella va y viene como una loca. El se mesa los cabellos. Ella se retuerce las manos... Ya no está él... Ella se detiene, vacila... anda á tropezones... Casi no la veo... También ella desapareció. (Pausa.) Pero esto es ridículo. ¡Ni que fuese una niña entretenida con las sombras de una linterna mágica! ¡Vaya, vaya; basta de tontunas! Deja á esas sombras que disfruten de su dicha, y arroja de tu cabecita loca las sombras

que forjaron tus ilusiones de soltera y que no han de existir en tus realidades de casada... Mal hace quien de sombras fia. Aquellas se han desvanecido tras la cortina blanca del balcón. Las que yo acariciaba en mis esperanzas de mozueta, se desvanecieron también tras la gasa blanca de mi velo de novicia. (Breve pausa, durante la cual la actriz permanecerá en la actitud de una mujer en cuyo pensamiento se mezclan tristezas y alegrías.) ¡En fin!... (Haciendo ademán de dirigirse á la izquierda. Cuando Aurelia llega cerca de la puerta de la izquierda, suena un tiro lejano. Asustada.) ¡Eh!... ¡Un tiro!... (Tranquilizándose.) Olvidaba que estoy en el campo. Será algún cazador. (Va á entrar por la puerta de la izquierda, á tiempo que se abre con estrépito la ventana de la derecha y aparece en ella Carlos en actitud descompuesta y nerviosa. Aurelia queda inmóvil. Carlos cierra la ventana precipitadamente.)

ESCENA VIII

AURELIA y CARLOS

AUR. (Aterrada.) ¡Dios mío!... ¡Un hombre!... (Hace ademán de dirigirse al fondo.)
 CARLOS (Interponiéndose entre la puerta del fondo y Aurelia.) ¡Chist! (Llevándose un dedo á los labios.)
 AUR. (Con voz entrecortada.) ¡Esko...! ¡Esko...! (Queriendo gritar y sin poderlo conseguir.)
 CARLOS (Avanzando.) ¡Chist! (En la misma actitud.)
 AUR. (Con voz entrecortada.) ¡La!... ¡la!...
 CARLOS (Avanzando.) ¡Chist! (Este momento queda entregado á la discreción de los actores.)
 AUR. ¡So!... ¡sol!... ¡Socorro! (Gritando y dirigiéndose al fondo.)
 CARLOS (Deteniéndola.) ¡Por lo que más aprecie en el mundo, no grite usted!
 AUR. (Aterrada por la actitud de Carlos.) ¡Piedad!
 CARLOS No tema usted, señora; no soy un bandido. Pero, cállese, cállese, ó nos pierdel... (En actitud suplicante.) Soy un hombre de honor.
 AUR. ¿Por qué ha entrado usted por la ventana?

CARLOS Porque no podía entrar por otro sitio.
 AUR. ¿Qué intenta?
 CARLOS Esconderme. Nada más que esconderme. No tengo tiempo de otra cosa.
 AUR. ¡Escondersel... (Con energía.) Lo que va usted hacer es salir inmediatamente de aquí.
 CARLOS Eso si que no.
 AUR. ¿No?
 CARLOS Es necesario que me quede. Si no lo fuera no insistiría.
 AUR. Caballero...
 CARLOS No me juzgue usted mal
 AUR. ¿Cómo he de juzgar á quien toma por asalto mi casa? (Aparte.) Facha de ladrón no la tiene.
 CARLOS Oígame usted antes de condenarme. Oígame usted y sálveme usted. Mejor dicho, sálveme usted á ella. Se trata de la honra de una dama.
 AUR. (Dudosa.) ¡Eh!
 CARLOS Sí. No importa que lo sepa usted todo. Más aún; para salvarnos necesita saberlo. Es usted joven, hermosa, compasiva—una mujer hermosa es compasiva siempre. Usted me verá; usted me ayudará á salvarla.
 AUR. (Sin comprender.) ¿A quién?
 CARLOS A ella.
 AUR. ¿Y quién es ella, señor mío?
 CARLOS ¿No la conoce usted? Si; la conoce por lo menos de vista. Es la inquilina del hotel inmediato
 AUR. (Como entendiendo.) ¡Ah!
 CARLOS Una mujer á quien adoro. Yo soy...
 AUR. (Interrumpiéndole.) Estoy al cabo de la calle. Usted es la otra sombra.
 CARLOS (Asombrado.) ¡Cómo!... ¿La otra sombra? (Aparte.) ¿Estará? (Haciendo seña de que está loca.—Alto.) No soy una sombra. Soy un hombre de carne y hueso. Toque usted, toque usted señora, y se convencerá.
 AUR. No hace falta. Usted es la otra sombra.
 CARLOS ¿Yo?...
 AUR. No discuta y termine pronto su historia.
 CARLOS Terminó. Ella y yo nos amamos.

AUR. Mucho. Ya lo sé.
 CARLOS ¿Lo sabe usted? (Cada vez más sorprendido.)
 ¿Cómo?
 AUR. El cómo es lo menos. Adelante.
 CARLOS Nos amamos con pasión, con delirio, con ese amor ciego que hace olvidar todo. Su marido es un tigre.. de la escala de reserva, un viejo que la martiriza, que no puede hacerla dichosa. Ella y yo nos encontramos frente á frente... Se verificó el choque. Yo venía á verla, sin que se enterase el otro, por supuesto; el otro no me conoce, no me ha visto nunca: ella me hacía una señal..
 AUR. Con un pañuelo rojo.
 CARLOS ¡Usted no ignora nada!
 AUR. Casi nada. ¿Qué más?
 CARLOS Hoy llegué á su casa, como siempre. Estábamos cerca del balcón..
 AUR. Leyendo una carta.
 CARLOS (Muy sorprendido.) ¿Es usted bruja?
 AUR. Soy curiosa. Mi curiosidad me hizo saber lo de la carta.
 CARLOS Pero no sabrá usted lo que sigue, ¡y lo que sigue es horroroso! Nos creíamos solos con nuestra dicha cuando sonaron pasos en la escalera. ¡Era el marido! ¡Qué momento señora! Apenas tuve tiempo de saltar por una ventana. Él no me vió saltar, pero me vió cuando llegaba al límite de su jardín. Dió un grito, cogió una escopeta y ¡pum! fuego. Debió tocar á alguno porque oí un alarido. Yo ni siquiera volví la cara; continué corriendo y salté la cerca. Mientras él da voces y acude gente, llego al jardín de ustedes; quiero saltar la tapia, ganar la carretera, huir. ¡Imposible! La tapia tiene cinco metros de altura; delante de la puerta hay dos hombres: dos de mis perseguidores acaso. Entonces doy vuelta al hotel, veo entreabierto esa ventana, subo á ella, empujo los cristales, lanza usted un grito y aquí me tiene usted.
 AUR. Bien; ¿y ahora qué hacemos?
 CARLOS Yo lo que hago; caer de rodillas y decir:

¡sálvela usted, señora! ¡Oculteme usted! porque el marido me persigue, y si me encuentra, si me ve, comprenderá que un hombre de mis trazas no puede ser ladrón de hortalizas; lo averiguará todo; si lo averigua, ella quedará deshonrada y yo me levantaré la tapa de los sesos.
 AUR. Pero...
 CARLOS Pero eso no ocurrirá, porque usted va á ayudarme á salvarla. ¡Salvémosla! ¡Sálvela usted, por Dios! (Arrodillándose á los pies de Aurelia.)
 AUR. (Emocionada.) Vamos; no sea usted niño. Levántese.
 CARLOS (De rodillas.) No he de hacerlo hasta conseguir que usted me oculte.
 AUR. He dicho que salga usted. Soy una mujer casada, caballero.
 CARLOS ¿Casada? Mejor.
 AUR. ¿Qué?
 CARLOS Mejor, sí; para que usted me ayude.
 AUR. ¿Yo?
 CARLOS Casada con un hombre joven, amante, lleno de pasión, de ilusiones y de ventura. (Al ver un movimiento de interrupción de Aurelia.) No tiene usted que asegurarlo. Lo contrario sería una imbecilidad de la suerte.
 AUR. ¡Ay! (Suspirando.)
 CARLOS Usted que goza la dicha de un matrimonio, *matrimonio*, compadézcase de una mujer infortunada, sometida á las impertinencias y malos tratos de un viejo ridículo. ¿Sabe usted lo que significa para una mujer apasionada, hermosa, sensible, soportar á un viejo gruñón y egoísta? No lo sabe usted.
 AUR. Demasiado. (Con el tono que la actriz juzgue más conveniente.)
 CARLOS Esa infeliz ha sido débil; sus desengaños la han vuelto loca. Si su locura se descubre está perdida. ¿Contribuirá usted á perderla? Yo..
 AUR. No; usted no lo hará; me ocultará usted.
 CARLOS (Luego de vacilar algunos instantes.) No insista usted; no puedo. He dicho á usted que soy

casada; acabo de llegar á este pueblo; nadie nos conoce en él todavía. Salga usted.

CARLOS Si salgo me descubrirán. Dada la dirección que tomaron tienen que verme. Si me encuentra el marido...

AUR. ¿Quizás le mate á usted! (Entre asustada é irónica.)

CARLOS (Con dignidad.) ¡Señora!... No puede usted ofenderme porque no me conoce. Es por ella por quien suplico á usted que no me arroje de su casa.

AUR. Y si yo... (En este momento suena el timbre que comunica con la puerta de cristales. A sustada.) Lllaman.

CARLOS (Con serenidad.) Serán ellos.

AUR. ¿Quién? (Temerosa.)

CARLOS Ese hombre y sus acompañantes.

ESC. (Golpeando la puerta de cristales.) ¿Estás sorda? Aurelia, abre; soy yo.

AUR. ¡Escolástica! (Se dirige á la puerta de cristales y la abre. Escolástica entra y cierra la puerta.)

ESCENA IX

AURELIA, ESCOLÁSTICA, CARLOS

ESC. ¡Qué sofocada vengo! ¡No te lo dije! Huevos y jamón... Había también sardinas arenques. (Reparando en Carlos.) ¡Cómol... ¿No estás sola? (Aparte.) ¿Quién será este mozo tan guzpo? (Deja la cesta, el mantón y el pañuelo encima de una mesa.)

AUR. (Aparte.) Ya te explicaré. Bástete saber que se ha presentado de repente. Como si cayese de las nubes.

ESC. (Idem.) ¡De las nubes! No digas más. Es el de mis sueños de ama de cría. ¡El querubín!

CARLOS (A Aurelia.) Esta mujer.

AUR. No tenga usted cuidado. Puede saberlo todo. (A Escolástica.) El señor, es la sombra de enfrente.

CARLOS ¡Vuelta!

AUR. Le han sorprendido, ha tenido que huir, se

ha colado por esa ventana y quiere que le oculte.

ESC. Comprendido.

CARLOS Si me encuentra el viejo, no hay escape.

ESC. ¿Conque es viejo?

CARLOS Y celoso.

ESC. Entonces ¿qué dudas? Esconde á este señor.

AUR. Es...

ESC. Le tenemos aquí hasta que se haga noche; y en cuanto se haga noche, se hace él noche también.

CARLOS Es que el tiro ha movido una escandalera. Andarán registrándolo todo. Pueden venir. Aquí no le hallarán.

AUR. ¿Qué? (Esperanzado.)

CARLOS Que me va usted á hacer el favor de marcharse. ¿Qué diría mi esposo si llegara? ¿Qué explicaciones iba á darle yo?

CARLOS No insisto. Sería egoísta sacrificar á usted por nosotros. (Hace ademán de dirigirse al fondo. (En este momento se escucha rumor de pasos y voces en el jardín.)

PINTO (Dentro.) De por fuerza se ha escondido en la casa.

MARCOS (Idem.) Llamaremos. (Suena el timbre que comunica con la puerta de cristales.)

CARLOS ¡Eh!

ESCENA X

CARLOS, AURELIA, ESCOLÁSTICA: DON MARCOS y el tío PINTO dentro

AUR. ¡Jesús me valga!

ESC. (A Aurelia.) Van á apiolarle.

CARLOS Ahí están. Voy á ahorrarles camino. (se dirige al fondo. Aurelia hace ademán de detenerle.) Saldré. Mi angustia era por ella. ¿Usted no la quiere salvar? Adelante. Yo importo poco. (Disponiéndose á abrir la puerta de cristales. Vuelven á llamar otra vez, y otra al poco tiempo.)

AUR. (Deteniéndole.) ¡Eso no! Espere usted.

- CARLOS (A parte.) Trabajo costó convencerla. ¡Y es encantadora.
- MARCOS (Dentro) No responden.
- PINTO (idem.) Ansina paice. De por fuerza están sordos
- MARCOS (idem.) Echaremos la puerta abajo. (Golpeando los cristales.)
- AUR. (A Escolástica.) ¿Qué hacemos?
- CARLOS Abrir. Lo contrario sería peor. Abrir y despedirles.
- ESC De eso me encargo yo.
- MARCOS (Dentro.) Abren ustedes ó rompo los cristales. (Golpeando.)
- ESC. ¡Van, hombre, van!
- AUR. (A Carlos.) ¡Pronto! Entre usted aquí... (En el cuarto de la derecha cuya puerta cierra.) ¡Abrel... ¿Qué va ocurrir, madre de mi alma! (Escolástica abre la puerta de cristales en la que aparecen don Marcos, hombre de cincuenta y seis ó cincuenta y siete años que vendrá sin sombrero y llevará una escopeta en la mano. El Tío Pinto y los Lugareños 1.º y 2.º, los tres con garrotos en la mano también)
- MARCOS (Furioso.) ¡Ya es hora!
- ESC. ¿Trae usted mucha prisa?

ESCENA XI

AURELIA, ESCOLÁSTICA, DON MARCOS, EL TÍO PINTO, LUGAREÑOS 1.º y 2.º

- MARCOS ¡La que me da la gana. (Coge á Escolástica por el brazo y la aparta violentamente.) ¡Quite usted de ahí! (Avanza seguido del tío Pinto y los dos Lugareños)
- ESC. ¡Qué barbaridad! ¡Pues no tiene usted muchos fueros!
- MARCOS ¡Lo que tengo es la bilis revuelta y el honor dudoso! (Mirando detrás de los muebles y sin hacer caso de Aurelia, que estará medio desplomada contra la puerta derecha.)
- PINTO (Al Lugareño 1.º) Oye, tú, chico, ¿qué es el honor?

- LUG. 1.º No lo sé. (Al Lugareño 2.º) ¿Y tú?
- LUG. 2.º Yo tampoco.
- PINTO Ni yo. De por fuerza no se cría eso en el lugar.
- ESC. (A Marcos.) ¿Se puede saber quién son ustedes?
- PINTO Yo soy el alcalde.
- MARCOS Yo... soy yo.
- AUR. (Avanzando.) Y yo soy el ama de esta casa que les pregunta por qué vienen á ella con tan malas formas.
- MARCOS Señora...
- PINTO Himos entrao, porque hay un ladrón.
- ESC. Aquí no hay ladrones. Digo, como no lo sean ustedes.
- PINTO Yo soy el alcalde.
- ESC. Ya lo sabemos. ¿Quiere usted un recibo?
- PINTO Este señor li ha tirao un tiro á uno que estaba dentro é su guerta: y que ha tirao corriendo pa este sitio: el señor á tirao tras él; otros han tirao pa cortarle el paso por la calle; nosotros himos tirao tras el señor y aquí estamos tóos á ver si cogemos al raposo. (A Marcos.) ¡De por fuerza quería robarle á usted las coles!
- MARCOS No estaban malas coles. El infame se ha refugiado en su casa de usted. (A Aurelia. Con furia cómica.) ¡No se me escapará! Será inútil que trate de negar su crimen; lleva en el cuerpo la marca del delito. Apunté bien: el plomo cogió carne. (A Pinto y á los Lugareños.) ¿No oyeron ustedes un alarido después del disparo? Era él
- LUG. 1.º No señor. Era la perra del jardinero que salió mesmamente como un cuete, chorriando sangre. La ha encojao usted.
- MARCOS (Con desesperación cómica.) ¡La perral... ¡Honra mía, cómo pudiste engañarte así! No importa. Aun tengo una bala (A Pinto y Lugareños.) Seguidme. (Poniéndose á mover los muebles de la sala.)
- AUR. Falta que yo les dé á ustedes licencia.
- MARCOS Nos la tomaremos.
- ESC. ¡Groserote!

AUR. No soy una mujer desamparada. Mi esposo...

MARCOS Su esposo de usted, haría lo que yo. (A Pinto y Lugareños.) ¡Al registro!

AUR. ¡Y lo registrarán todo! (Acongojada.) Es preciso evitarlo. ¿Qué hacer? (Dirigiéndose á Marcos.) ¡Caballero!...

MARCOS Déjeme usted, señora. El honor es antes que nada. Han querido robármelo. Necesito matar al ladrón.

PINTO Sí, sí. Duro en él. De por fuerza tié que ser un forastero. En el pueblo no roba nadie por la tarde.

AUR. (A Marcos.) Pero comprenda usted... reflexione...

MARCOS Cualquiera diría que sabe usted dónde se oculta y quiere impedir...

AUR. ¿Yo? (Aparentando sorpresa. Reflexiona un instante y sonríe como si hubiera hallado una manera de salvar el peligro que amenaza á Carlos. Aparte.) ¡Eso es! Así puede escapar. (Alto á don Marcos.) De ninguna manera. Registren ustedes; yo misma les acompañaré. Pasen ustedes. (Indicándoles la puerta de la izquierda.)

MARCOS Pasemos. (Deteniendo á todos con el gesto.) El primero yo. (Entra seguido del tío Pinto y Lugareños.)

AUR. (Deteniéndose un instante junto á Escolástica, que estará junto á la puerta de la izquierda.) ¡Que se vaya! ¡Yo les entretendré! (Aurelia sale por la izquierda.)

ESCENA XII

ESCOLÁSTICA, CARLOS, MARCOS, dentro

Esc. Los tiuchos estos ni siquiera dan lástima. (Mirando por la izquierda.) Ya entraron. Esta es la ocasión. (Dirigiéndose á la derecha y abriendo la puerta.) ¡Chist! ¡Joven!

CARLOS (Pasando la cabeza por la puerta.) ¿Qué hay?

Esc. Salga usted.

CARLOS (Saliendo.) ¿Se han ido?

Esc. No; pero es igual. Están por allá dentro:

mientras ellos registran usted se larga y *volaverum!*

CARLOS ¡Mil gracias! Quisiera...

Esc. En estos momentos solo debe usted querer una cosa. Escapar... Conque... Espere. Miraré antes... (Abre la puerta de cristales. Con desespección cómica.) ¡No puede usted salir! ¡La calle está llena de gente!... ¡Por vida!...

CARLOS ¿Qué hacemos?

MARCOS (Dentro.) Veamos las otras habitaciones.

CARLOS ¡Vienen!

Esc. Hijo mío, otra vez al cuarto. (Empuja á Carlos, lo mete en el cuarto de la derecha y cierra la puerta de nuevo.)

ESCENA XIII

ESCOLÁSTICA, MARCOS, dentro y AURELIA ídem

Esc. ¡Valiente compromiso! ¡La verdad es que algunas mujeres!... Por supuesto, el viejo se tiene la culpa. ¿Quién le manda casarse con una joven? Así sucede lo que sucede. El mejor día va á tener mi amo que dejar otro perro cojo.

MARCOS (Dentro.) ¡Nadie!

AUR. (Ídem.) ¿Lo ve usted? (Entran por la izquierda Aurelia, Marcos, el tío Pinto y los Lugareños 1.º y 2.º)

ESCENA XIV

ESCOLÁSTICA, AURELIA, MARCOS, EL TÍO PINTO, LUGAREÑOS 1.º y 2.º

Esc. (A Aurelia que le hace una señal interrogativa.) ¡Sin novedad! No se ha movido ni una rata. ¡Cualquiera sale del hotel! Está todo el pueblo á la puerta.

AUR. ¡Virgen Santa!

MARCOS ¡No parece por ninguna parte! ¡Y yo sin conocerle! ¡Sin haber podido distinguir sus facciones!...

- AUR. Ya estarán ustedes satisfechos. Ahora, váyanse antes que mi marido les pida cuentas de su conducta y les dé que sentir.
- MARCOS ¿Irnos?
- PINTO De por fuerza.
- MARCOS No; aún queda algo por registrar. Esa habitación. (En la de la derecha.) No me iré sin reconocerla. (Avanzando.)
- AUR. (Con espanto.) ¡No! ¡Esta habitación, no!
- MARCOS (Sorprendido.) ¿Por qué?
- ESC. Porque no nos da la gana. ¡Ea!
- AUR. Es el dormitorio de mi esposo y...
- MARCOS (Con decisión.) He dicho que entraré. (Avanzando.)
- AUR. (Interponiéndose.) No. Lo exige una señora.
- MARCOS Para un hombre ultrajado no hay sexos. Déjeme usted pasar. (Tratando de separar á Aurelia, que estará delante de la puerta de la derecha y aparece en ella Carlos con bata, zapatillas y un gorro en la cabeza.)
- CARLOS ¿Se puede saber quien arma en mi casa este escándalo?

ESCENA XV

AURELIA, ESCOLÁSTICA, CARLOS, DON MARCOS, el TÍO PINTO, LUGAREÑOS 1.º y 2.º

- AUR. (Aparte.) ¡El! (Sorprendida y confusa.)
- ESC. (Bajo á Aurelia.) Con las zapatillas, la bata y el gorro del amo.
- AUR. (Aparte.) ¡Y llama á esto su casa!
- CARLOS (Aparte.) (Creo que no me falta requisito.) Bata, gorro, zapatillas... ¡Calla! ¿qué es esto? ¡Una carteral... (La guarda.)
- MARCOS (A Carlos.) ¿Con quién hablo?
- CARLOS Eso debía preguntarlo yo. Habla usted con el amo de esta casa. Con el marido de esta señora. (Por Aurelia.)
- AUR. (Aparte.) ¡Mi marido!
- ESC. (Bajo á Aurelia.) No es mala ocurrencia para salir del paso.

- CARLOS Ya saben ustedes quién soy. Contéstenme ahora: ¿por qué arman en mi casa este escándalo?
- MARCOS ¡Escándalo!
- CARLOS ¡Y gordo! ¡Para haberme despertado yo que cuando duermo soy un poste!... (A Aurelia.) ¡Vamós! ¿Qué ocurre? ¿Qué hace aquí esta gente?
- MARCOS Nosotros...
- CARLOS (A Aurelia.) ¿Qué tienes? ¡Estás como asustada! (A Marcos, Tío Pinto y Lugareños.) Supongo que nadie se habrá atrevido á ofender á mi esposa, porque á ésta nadie la ofende mientras yo viva! ¡No faltaría más, Aurelia de mi alma! (Cogiendo cariñosamente las manos de Aurelia entre las suyas.) (Dispense usted. Son exigencias del oficio.)
- MARCOS Hemos entrado persiguiendo á un hombre.
- CARLOS ¿Con qué título?... ¿Dónde está la orden judicial que les autoriza?
- PINTO Yo soy el alcalde.
- CARLOS En la calle. En mi casa es usted un intruso.
- PINTO ¡Entruso!
- LUG. 1.º ¿Qué será eso?
- PINTO De por fuerza algo malo.
- CARLOS Un intruso. (A Marcos.) Y usted otro. Han violado mi domicilio y se atendrán á las consecuencias.
- MARCOS Oigame usted. Hablo con un hombre de honor; con el jefe de una familia. El me entenderá.
- CARLOS Oigo á usted.
- MARCOS Yo adoro á mi mujer, caballero.
- CARLOS Lo mismo digo.
- MARCOS No es que dude de ella. ¡No permitiría que dudase ninguno! ¿Hay alguien que dude lo que es mi esposa?
- ESC. Nadie; no señor. Todos están conformes.
- MARCOS No dudo de ella. Pero la virtud cuando se junta con la hermosura está expuesta á asechanzas inicuas. Eso ha ocurrido ahora. Un seductor infame ha llegado á mi hogar, mientras yo estaba ausente de él. Ha penetrado en la habitación de mi esposa, la ha

sorprendido... ¡El seductor debe morir y morirá.

CARLOS ¡De ninguna manera!

MARCOS ¡Dice usted que no!

CARLOS Digo, que no estoy conforme con usted, que puede haberse equivocado.

MARCOS ¡Yo! ¿Oye usted á su marido? (A Aurelia.)

AUR. ¡Mi marido! ¡Ah, sí, sí! (A Escolástica.) ¿Qué va á decir toda esta gente cuando sepa que no es él, que es Tadeo!

ESC. Dirá que tienes un gusto detestable.

MARCOS ¡Equivocarme yo! (A Carlos.)

CARLOS Vamos á ver. ¿Usted vió á ese hombre en la habitación de su esposa?

MARCOS ¡No!

CARLOS ¿Pudo usted distinguir su traje, sus facciones, su aspecto, sus trazas, en fin?

MARCOS ¡No!

CARLOS Entonces, ¿quién le asegura que atentaba contra su dignidad? ¿Quién no le dice que se trataba de un ratero que se había metido en la huerta á robar la fruta y que al sentirle á usted huyó?

MARCOS Pero, ¿y el desmayo de mi esposa? ¿Y el cuerpo que cayó sobre la arena del jardín? Ese cuerpo saltó de alguna parte. ¿De dónde saltó? ¿Puede usted decirme?

CARLOS Sí, señor. De algún árbol. ¿Hay algún árbol en su jardín tras de cuyas hojas pueda ocultarse un hombre?

MARCOS (Luego de meditar algunos instantes.) La higuera.

ESC. No cavile usted más, en la higuera estaba.

MARCOS ¿Y dónde está ahora? porque en esta casa no está.

CARLOS Habrá encontrado otra salida.

PINTO Como no se haiga dio por el conducto de la alcantarilla que sale al campo.

CARLOS (A Marcos.) No haga usted más averiguaciones. Por la alcantarilla se fué.

PINTO Ya tiene que ser práctico. Solo habiendo trabajado y anduvio en ella, se pué hallar la salida, porque tié muchas revueltas, y muncha... y vamos, que hay que estar mu avezao pa pasarla.

CARLOS (A Marcos.) ¿Ve usted como se trata de un ladrón vulgar?

MARCOS ¡Oh!

CARLOS Sobre todo; haga usted una cosa. ¿No está usted seguro de la virtud de su mujer?

MARCOS Como de la virtud de esta señora.

AUR. ¡Muchísimas gracias!

ESC. (Aparte.) No dirás que no es fino...

CARLOS Pues bien, ¿por qué, ya que le es imposible hallar al ladrón, no va usted á su casa y consulta con su esposa y sale de dudas?

AUR. Eso; váyase usted, vaya usted á tranquilizarla. (Aparte.) ¡Me ahogo! (A Escolástica.) Traéme un vaso de agua. (Sale Escolástica.)

PINTO Y no eche usted cuenta e ladrones. En este pueblo se vive muy á gusto.

MARCOS ¡Un demonio! ¡Ahora mismo lo dejo! Engancho mi coche y á Madrid. No quiero exponer á Angela á ladrones de una ó de otra clase. (Escúchase fuera ruido de voces.)

CARLOS ¿Qué ruido es ese? (Adelantándose hacia la puerta de cristales que habrá quedado abierta.) Un sugeto desconocido entra en el jardín; se dirige á lacasa. Ya llega. (Aparece Tadeo en la puerta de cristales.)

TADEO (Sorprendido.) ¿Qué significa esto? (Sale Escolástica por la izquierda con un vaso de agua y un plato en la mano.)

AUR. (Desplomándose sobre la butaca.) ¡Mi marido!

ESC. (Dejando caer el vaso y el plato.) ¡El amo!

CARLOS ¡El diluvio!

ESCENA XVI

AURELIA, ESCOLÁSTICA, CARLOS, TADEO, DON MARCOS, EL TIO PINTO, LUGAREÑOS 1.º y 2.º

AUR. ¡Ay!

CARLOS (Bajo.) ¡Por Dios, señora, no se acobarde usted ó nos piede! (A Escolástica.) Afirme usted cuanto yo diga. (A Aurelia.)

MARCOS (A Carlos) ¿Quién es este señor?

BERRONES CARRILLO

TADEO ¿Quién soy?... No es mal chiste. El amo de esta casa.

MARCOS ¿Esta casa tiene dos amos?

PINTO De por juerza.

TADEO Ni de por grado. En esta casa hay un amo solo.

CARLOS Efectivamente.

TADEO Y ese amo...

CARLOS (Interrumpiéndole) Soy yo.

TADEO ¿Eh? (Retrocede asustado y queda unos instantes con la boca abierta; sin darse cuenta de lo que oye.)

AUR. (Levantándose) ¡No! No puedo consentir. Hace además de dirigirse hacia Tadeo.)

CARLOS (Bajo. Deteniéndola.) ¡Aurelia, por Dios! (suplicante.) Por la vida de esa desgraciada.

TADEO (Reponiéndose. A Carlos.) ¿Conque usted es el dueño?

CARLOS ¡Así parece!

TADEO ¡Qué insolencia! (Aparte.) ¡Mi bata!... ¡Mis zapatillas!... ¡Mi gorro turco!... ¿Estaré sonando? (Alto.) ¿Conque usted es el dueño? Además afirmativo de Carlos.) ¿Entonces quién soy yo?

CARLOS Usted lo sabrá. (A los otros.) ¿Se habrá vuelto loco?

PINTO De por juerza. Hace ca viaje...

MARCOS (A Carlos.) ¿Usted le conoce?

CARLOS Es la primera vez que le veo. (Durante este aparte, Escolástica y Aurelia, que estarán á la derecha; separadas por Carlos, Marcos, el tío Pinto y los Lugareños, que ocuparan el centro, hacen señas á Tadeo, que las mira desde la izquierda sin entenderlas.)

TADEO (A Aurelia y Escolástica.) ¿Qué queréis decir? Dejarse de aspavientos; ¿qué pasa? (Todos se vuelven hacia Escolástica y Aurelia, que quedan inmóviles.)

CARLOS (A Marcos.) ¿No lo dije? loco perdido.

TADEO Ea, basta de burla. Si se han propuesto darme una broma, les advierto que no la sufro. El dueño de esta casa soy yo.

MARCOS }
PINTO } ¡Fhl
LUGS. }
TADEO } Sí. El dueño soy yo. (A Carlos.) Usted es el

farsante, el loco, el que usa prendas que no le pertenecen. (A Aurelia y á Escolástica.) ¡Vamos, tú! ¡y tú!... Hablad. ¿Por qué os callais? ¿Por qué no deshacéis esta impostura infame?... (A los demás.) Y ustedes... ¡ustedes!... (Con asombro y desesperación.) ¡Si no me explico lo que está sucediendo!

PINTO De por juerza ha soplao usted y le ha cogio por ahí la mona.

TADEO ¡Qué mona ni qué micol! ¡Animal!

PINTO ¡No soy animal, soy el alcalde!

TADEO ¿El alcalde?... Perfectamente, á usted recorro para que ampere mi derecho.

CARLOS (A Pinto.) Es... (Aurelia y Escolástica vuelven á hacer señas á Tadeo aprovechando el momento en que todos le vuelven la espalda.)

TADEO (A Aurelia y Escolástica.) ¿Por qué me hacéis gestos? Vais á burlaros también vosotras? (Marcos, el tío Pinto y los Lugareños se vuelven hacia Aurelia y Escolástica, que quedan inmóviles.)

CARLOS (A Marcos y Tío Pinto) ¿Lo ven ustedes? (Haciendo señas de que Tadeo está loco.)

TADEO Sí. (Al tío Pinto.) Amparará usted mi derecho contra este impostor á quien acuso de usurpación de estado civil. Ahora mismo voy á probarlo. Nada más fácil. (A Aurelia.) A ver, tú. ¿Quién es el dueño de esta casa? ¿Quién es tu marido?

AUR. (Titubeando.) El dueño... mi marido...

CARLOS (Bajo.) Señora, ¡por piedad!

ESC. (Idem á Aurelia.) No te achiques.

AUR. Mi marido...

TADEO Tu marido...

CARLOS Eso... Tu... marido.

AUR. (Vacila como si no se atreviese á señalar.) ¡Mi marido! ¡Ay, no puedo!... ¡Me ahogo!... ¡Dios mío! (Cae desmayada en el sofá.)

ESC. ¡Señora! (Socorriéndola.)

CARLOS (Oportunísimo desmayo. Como en las comedias de enredo. Salva la situación.) (A Escolástica. A Tadeo.) ¡Caballero! Mire usted el disgusto que proporciona á mi pobre esposa.

TADEO ¡Su esposa!... ¡Su esposa!... ¡No la hagas

más aire! (A Escolástica que estará haciendo aire con un pañuelo á Aurelia.)

ESC. (Aparte.) ¡Animal!

TADEO Antes que nada hay que aclarar esto. Tú eres una mujer honrada; tú no mientes. Contesta Dí á estos señores quién soy yo.

ESC. ¿Usted?...

TADEO Sí.

ESC. El señor...

TADEO ¿Eh? ¿ven ustedes?...

ESC. El señor es un tío guillao.

TADEO ¡Guillao! ¡Ya te daré yo la guilladura! (Avanzando furioso hacia Escolástica.)

CARLOS Sujetadle. (El tío Pinto y los lugareños se dirigen á él.) ¡Pobre Aurelia mía! (Acariciándola á Aurelia.)

TADEO ¡Y la acaricia!... ¡No! No lo sufro. Si esto no puede ser. ¡Si la inicua trama tiene por fuerza que aclararse! ¡Cómo!... (Luego de meditar unos instantes.) ¡Sí! ¡Sí! ¡Justo! (A Pinto.) ¿Ha dicho usted que es el alcalde? ¿Don Francisco Pinto?

PINTO Cabal.

TADEO Bueno. Usted ha recibido una carta en que el nuevo inquilino de este hotel se ofrece á su disposición.

PINTO Mesmamente esta tarde.

TADEO Bueno. Dentro de un minuto estarán las cosas en claro.

ESC. A que se descubre el pastel.

TADEO ¿Cómo se firma el autor de la carta?

PINTO Tadeo Alvarez.

TADEO Ha dicho usted Tadeo Alvarez. Perfectamente, Tadeo Alvarez. (Metiendo la mano en el bolsillo del gabán.) Tadeo Alvarez. (Impaciente, registrando el bolsillo interior de la americana.) Tadeo... Ta... Ta... (Registrando los otros bolsillos angustiosamente. Con espanto.) ¿Y mi cartera? ¿Dónde está mi cartera!... ¡No la tengo! Esto es para estrellarse contra la pared.

CARLOS ¿Quería usted acreditar su personalidad, eh? Me alegro. Es una idea que no se me había ocurrido. (Al tío Pinto.) ¿Cómo dice us-

ted que se llama el firmante de la cartita?

PINTO Tadeo Alvarez.

CARLOS Tadeo Alvarez. Perfectamente. (Sacando la cartera del bolsillo.)

TADEO ¡La cartera!

CARLOS Tadeo Alvarez... (Hojeando la cartera.) Tadeo Alvarez. Vean ustedes mis tarjetas, mi cédula... (Enseñándolas.)

TADEO ¡No! ¡No! ¡Es demasiado, demasiado! (Abalanzándose á Carlos. El tío Pinto, don Marcos, y los Lugareños 1.º y 2.º sujetan á Tadeo, que hace esfuerzos por desprenderse de ellos.)

CARLOS Señor Alcalde, es preciso resolver algo con este hombre.

PINTO Ya lo creo. (A Marcos.) ¡No vaya á irsele! ¡Sujétele usted bien!

MARCOS Descuide usted. Yo soy un toro.

TADEO Suélteme usted.

PINTO ¡Soltarle!... Por el pronto preso. Echar una mano y al Ayuntamiento con él. Allí se justificará ú dormirá la mona, ú vendrán á recogerlo del manicomio.

CARLOS Es lo mejor.

TADEO (A quien sujetan y empujan los otros.) ¡Infames! ¡Canallas! ¡Bandidos!

PINTO ¡Andando! (El tío Pinto y los lugareños le sacan á empujones.)

MARCOS Sí, vamos. Que se mejore la señora y perdonen ustedes. (Salen por el fondo.)

ESCENA XVII

CARLOS, AURELIA, ESCOLÁSTICA

AUR. (Volviendo en sí.) ¡Dios mío!... ¡Qué es esto! ¡Y él!... ¡Y Tadeo!... ¿Y mi esposo?...

ESC. Acaban de llevarse lo.

AUR. ¿Dónde?

ESC. Á la cárcel. Allí las pagará todas juntas.

AUR. ¿Qué dices? Á la cárcel. ¿Y usted lo consintió? Y yo... No, de ninguna manera. Voy por él; desharé el engaño. (Haciendo ademán de salir.)

UNIVERSIDAD DE LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"FONSO REYES"
LEÓN, MEXICO

CARLOS Aurelia... (Quiere detenerla.)
 AUR. No; no. Suélteme usted. Voy en busca suya. No puedo consentir... Sería una infame.
 CARLOS Pero, señora, sosiéguese usted; es un instante; lo preciso para que no se descubra nada. Un cuarto de hora.
 AUR. Ni un minuto. (Dirigiéndose al fondo al ver que Carlos y Escolástica quieren interponerse.) No se opongan ustedes porque sería inútil. Voy á buscar á mi marido. A decírsele todo.
 ESC. ¿Delante del otro, que estará allí, mujer?
 CARLOS ¿Qué va á ser de Angelita entonces?
 AUR. ¿Y qué va á ser de mi marido si no lo traigo?
 CARLOS ¿Qué va á ser de mí?
 ESC. A ella la matará.
 AUR. Y á tu marido, lo más que le puede ocurrir es que el alcalde le dé dos palos. Ya ves que no es mucho.
 AUR. Vamos, vamos. Basta de dilaciones. Antes que todo es mi marido, (Dirigiéndose al fondo.) y mi tranquilidad y mi deber. (En este momento la campanilla.)

ESCENA XVIII

CARLOS, AURELIA, ESCOLASTICA, después FROILÁN

ESC. Lllaman.
 AUR. ¿Será Tadeo?
 CARLOS Yo abriré. Si es él, conmigo es con quien debe descargar su enojo. (Se dirige á la puerta de cristales y la abre. Aparece Froilán en el fondo. Carlos al ver á Froilán hace un movimiento de sorpresa.)
 ¿Qué?
 FROI. (Sin reparar en Carlos.) ¿Don Tadeo Alvarez?
 (Reparando en Carlos. Muy sorprendido.) ¡Eh?...
 ¿Tú!
 CARLOS Papá...
 FROI. ¡Chico! ¿qué haces aquí en casa de mi mejor amigo, con esa indumentaria? (Avanzando á primer término.)
 CARLOS (A Froilán.) Yo te explicaré. (A Aurelia.) Mi padre.

AUR. Su...
 CARLOS Don Froilán Avendaño.
 ESC. Froilán.
 CARLOS (A Froilán.) La esposa del dueño de la casa.
 FROI. (A Aurelia.) Señora... (Saludando. A Carlos.) Pero dime...
 CARLOS Oiga usted. (Lleva á su padre á un lado y le habla al oído.)
 ESC. (A Aurelia.) ¡Don Froilán! Este es el convidao.
 AUR. Indudablemente.
 ESC. Y el amo decía que se parecís á él. ¡Pues no va diferencial!
 AUR. (Aparte.) El íntimo amigo de mi esposo.
 ESC. Mira, hija; éste puede arreglarlo todo. De otra manera sería muy difícil amansar á á Tadeo. Así... No te aflijas; recobra el ánimo, mujer. (Durante este diálogo, Froilán y Carlos habrán hecho como que hablan aparte, demostrando el primero en sus gestos y actitudes la sorpresa que le produce el relato de su hijo.)
 FROI. (Alto.) ¡Qué desatino! (A Aurelia.) Señora, coja usted una estaca y sacúdale firme á este calavera. Tienes la cabeza á las once. ¿Y puede saberse quién es ella? ¿Vive en el pueblo?
 ESC. Sí, señor.
 FROI. Entonces la conozco; porque conozco en el lugar á casi todo el mundo.
 AUR. Ahí enfrente vive. En el hotel de al lado. (Señalando por la ventana.)
 FROI. ¿Allí?... ¿Entonces es Angelita, la de González?
 CARLOS Sí, señor.
 FROI. ¡Buena pieza! No merecía la honra de que hubieses proporcionado á esta señora un disgusto.
 CARLOS ¡Eh! (Sorprendido.)
 FROI. La conozco hace bastante tiempo. ¡Gloriosa conquista!... Con otra así, ni don Juan Tenorio.
 CARLOS Papá...
 FROI. ¡Pobre don Juan! Esa Inés ha pasado el Guadalquivir muchas veces. (A Aurelia.) Cállese usted, cállese usted y no tema que se enfade Tadeo. Yo iré á buscarle; el Alcalde

es amigo mío. Todo se arreglará. Cuestión de cinco minutos. Hasta ahora mismo. Y excuse las locuras de este mozo; bien castigadas quedan con la prenda por quien las hizo.

CARLOS
FROI.

Es decir...
Que eres un majadero. Por ciertas mujeres no debe comprometerse nadie ni comprometer á nadie tampoco. Voy por nuestro hombre. (Dirigiéndose al fondo.)

ESC.

Y yo á tenerles á ustedes la cena. ¿Todo será frito, eh? No pida usted salsas porque no hay tiempo. (Sale Froilán por el fondo.)

AUR.

(A Escolástica.) Da luz.

ESC.

Al momento. (Enciendé una luz eléctrica y sale por la derecha.)

ESCENA XIX

AURELIA y CARLOS

CARLOS

¡Por ciertas mujeres! Y mi padre no es capaz de mentirme. (Con despecho.) ¡Conque soy un babieca! ¡Conque Angelita ha pasado el Guadalquivir muchas veces! ¡Y por una dama tan... fluvial he comprometido yo á usted, Aurelia!

AUR.

(Riendo.) ¡No se afija usted!

CARLOS

¡Y yo creía ser su primera pasión! ¡La primera!... ¡Dios sabe qué número me habrá tocado en el sorteo! (A Aurelia.) Señora, mi proceder no tiene excusa. ¡Se ha sacrificado usted por un imbécil!

AUR.

No lo tome usted tan á pecho. No la insulte usted. Acaso sea usted el culpable único del desengaño que padece.

CARLOS

¿Yo? ¿Por qué?

AUR.

¿Cuánto tiempo le ha costado á usted la conquista de esa señora?

CARLOS

No recuerdo. Pero, en fin, muy poco.

AUR.

Pues, amigo, el amor de las mujeres vale tanto, como trabajo cuesta conseguirlo. ¿Por qué razón si la rubia de enfrente le ha

costado poco, se extraña usted de que no valga mucho?

CARLOS

(Avergonzado.) Verdad.

AUR.

Siendo verdad, no debe usted quejarse ni sorprenderse por la noticia que le han dado. Era de esperar.

CARLOS

¡Pero, no eran de esperar la bondad y la hermosura y el talento de usted! (Con vehemencia.)

AUR.

(Con coquetería.) Dejemos la hermosura á un lado.

CARLOS

(Con galantería.) Al lado del corazón la pondría. (Haciendo ademán de avanzar.)

AUR.

(Deteniéndole con el gesto. Irónicamente.) ¡Que no estamos en el hotel del señor González.

CARLOS

¡Aurelia!... Es usted un encanto. (Queriendo coger una mano de Aurelia.)

AUR.

(Rechazándole.) Cuidadito que ya no es usted marido de ocasión...

CARLOS

¡Así lo fuera en efectivo! Si Dios me hubiese concedido la ventura de poseer á usted, si fuese yo el dueño de tanta belleza, de tanta gracia... (Con tono apasionado.) ¡Aurelia!... ¡Aurelia!...

AUR.

(Dirigiéndose á la derecha.) ¡Escolástica! ¡Escolástica!

ESC.

(Apareciendó en la derecha.) ¿Qué se ofrece? (Suenan el timbre.)

AUR.

Nada ya; que abras. (Escolástica abre la puerta del fondo, en la que aparecen Tadeo y Froilán. Escolástica se va después de abrir.)

ESCENA XXII

DICHOS, TADEO y FROILÁN

TADEO

(Dirigiéndose á Carlos.) ¡Venga usted, venga usted aquí, so pillastre! Debía pegarle dos tirones de orejas. ¡Válgate el tenerte por fiador! (A Froilán.) ¡Demonio de ocurrencia! ¡No está mal!... Sin embargo, que agradezca ser hijo tuyo. (A Aurelia.) Y tú...

AUR.

¿Yo qué iba á hacer?

COMP-DRAMATICA.

BERRONES CARRILLO.

TADEO Una seña.
AUR. Mas de cien te hicimos.
FROI. No se hable más.
TADEO A propósito: Carlitos, dame la cartera. Quédate con los documentos si quieres, por si te hacen falta otra vez; pero devuélveme cinco mil pesetas que hay en el bolsillo del centro.
CARLOS Tome usted, y dispense.
TADEO Nada. Que te dispense el otro. (A Froilán.) Es un guapo chico. (A Aurelia.) ¿Verdad?... Supongo que la cena estará dispuesta.
AUR. Creo que sí. (A Froilán.) Comerá usted deplorablemente. La culpa no es nuestra. Se la echa usted a su hijo. ¡Escolástica! (Sale Escolástica por la derecha.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y ESCOLÁSTICA

Esc. Mándeme usted.
AUR. ¿Está la cena?
Esc. Cuando ustedes gusten.
TADEO Andando. (A Froilán.) ¡Anda, hombre! (Empuja a Froilán y entra con él por la derecha.)
CARLOS (A Aurelia) ¿Me perdona usted?
AUR. Sí.
CARLOS ¿De veras?
AUR. De veras.
CARLOS (Cogiendo la mano de Aurelia y besándola.) ¡Gracias, muchas gracias!
Esc. ¡Cuidado! ¡Pueden verse las sombras desde el hotel de enfrente!

TELON

EL CRIMEN DE AYER